

Escribiré un libro: le proso.

I

Si necesitara alguien de confianza para contarle algo, pensaría en Marcelo. Marcelo no existe más, murió. Pienso en él, al pensar en decir lo que sea, pienso en él. Callado hablo con él. Lo que piensa o siente del deseo, de la culpa de sentir el deseo. De tener que pagar un precio por sentir. Pensar en el deseo. Pensar es ser libre. Es estar condenado a la libertad. Pensar lo que quiero. He deseado en distintos momentos de mi vida, matar a ciertos hombres. Y ese deseo, no lo considero malo he de confesarlo, simplemente no lo he llevado a cabo ni nunca lo llevaré a cabo. No tengo una sola razón de peso para realizarla. Está bien. Estoy a kilómetros luz de cometer ese acto atroz. A hacerme desdichado de esa forma irreversible, no es mi vocación. Pienso en el muerto que es Marcelo, porque yo no lo maté. Hablo contigo Marcelo. Hablo de ti y hacia ti. Marcelo es un muerto de una muerte dulce, con una vida afable. La libertad de decirme sin provocar, sin tener que clausurar lo que he dicho. Sin pintarme, ponerme en ese justo instante. Relataré la sombra de tus ojos. Tus pechos que son aroma de castañas y mantequilla. Tus tetas que devoro. Pienso que se puede pensar lo que uno quiera sin supeditarse a nada, ni a nadie. De todas formas están todas las voluntades encimadas unas a otras agolpadas. Apiladas las palabras en sintaxis ignotas unas a otras. Pienso en la carga de prohibir el pensamiento. Pienso en lo que es hacer querer cargar a alguien más de un peso, de hacerlo responsable de un peso inexistente, aparente, atributo del capricho del dominio. En ese egoísmo verdadero, no simulado. Es asombroso que los hombres vivan decapitados. Dependientes de la palabra, de la orden, atentos a la orden. Incapaces, rendidos a su rencor. A su dolor. De ca pi ta dos. Es increíble la inercia mecánica, interactiva, de sus pasos. La reintegración perpetua a la molicie. Me detengo. No escribiré de eso. Soñé que era un árbol y llegaba ahí de un largo viaje. Llegaba ahí en la nebulosa del viento, perdido. Veía esa ave. Volaba. Yo era un cuervo, su padre el árbol y ella una lechuza. El árbol le enseñaba. Yo probaba la agilidad de su savia, la curiosidad de su observación con mi inteligencia. Veía su isla, les mostraba sus contornos, sus límites. Escribiré un libro es esto de que no puedo porque no quiero tener unidad ni nada. Son los fragmentos iridiscentes que flotan en el sueño que estalla como botones floridos que florecen en fuegos artificiosos. (Pienso en los gajos de una toronja, en que son embriones). Tu sonrisa es un embrión, tus orejas son tu sonrisa, tus escuchas son tus palabras. Bajo a la calle sin motivo, enciendo un cigarro en la puerta, medito en las llaves de cada corazón. Cada mirada tiene su combinación. Revoloteo en ideas de nada. Nada está claro. ¿Cómo

podría hacerlo inteligible? Recuerdo esos libros de braille. ¿Tocan el silencio de la oscuridad? No hay pautas para este libro del que el lector es el intérprete. El instrumento: las cuerdas de su aliento.

Dejé un renglón. Esperaré cada línea solo. Ahora he decidido que nadie merece que me mate por él. Valoro mi vida profunda, nimia, extracto de nada que se suceden. Puedo avocarme. Lo he hecho. No le debo nada a nadie. Cada pelo me pertenece. Ahondo en mi alma como este aguacero que cae, tormenta. No me mataré por nadie. Cada letra emancipa mis deseos de muerte. Imagino que no puedo conquistar mi sincronización con una sola historia, con un solo sueño, se me escapa el placer de relatar una sola historia. Escribo historias dentro de historias. No hay más. La singularidad de una descripción única se me escapa. Soy esa calle que suena afuera como un mar. Soy el viento que galopa y golpea las ventanas cerradas, esa aguja que cose detenida. Un suspiro, la vela que tiembla, un aliento vencido de quién sabe donde. ¿A qué existimos? Soy una carta que escribe a otros escritores, mudos, soy esta orquesta de escritores que se quedaron sin pueblo. Las gotas escurren en mi ventana, un perro aúlla dentro de mí, lejano, la imagen de la luna y una montaña se alza sobre mi vista horizonte. Este juego de voces. Quiero escribir de corrido para probarme algo que aún no sé que es. ¿Qué hay alma? ¿Qué hay alma en quien lee? Que nunca estamos solos, sino habitados por sombras, huellas, espejismos. Un tinglado de arquitecturas que se desvanecen. Que no soportamos la dirección desconocida que toma otro hombre, sin avisar, ni preguntar, ni decir para qué o por qué. No sabemos. La cuestión es la manera en que eso que no sabemos, no nos atormenta. Escucho la lluvia. ¿Por qué cobramos? ¿Qué nos queremos cobrar? ¿Cuánto vale nuestra salud? ¿Nuestra tranquilidad qué costo tiene? Este libro lo haré pensando, invocando el buen sentido de los hombres vivos, los muertos, los que vivirán, los que morirán. Si es que la muerte es real, si es que existe, si las puertas imposibles de la inmortalidad están vedadas. Este libro, es un libro que confeccionaré en un arrebató prolongado, es un inmediato. Es una sinfonía silente, que lleva y trae sincronías de memorias instantáneas. Sé que no tardaré en su hechura, no quiero se demore; se gestara como un soplo bello, tierno, como un brote de brizna dulce verde amada, florecida orquídea, barcos y orquídeas. No hay ruido, la mar está calma. Nada está embravecido. La violencia de nacer, de morir, queda lejos. Aislados en el asombro de existir, de vivir, de respirar. Resuello de los ancestros, de lo oculto a flor de piel. Escucho el sonido del agua en derredor. El estruendo imperceptible del aire, un pulmón inmenso, voraz, que palpita en el cielo estelar. Yo sería una orquídea difícil de cultivar. Las luchas que libramos, día a día, inconexas, solitarias. A las mujeres: jugar con espectros que somos a través de ilusiones pasajeras, metáforas difusas,

construcciones de castillos cuya estructura de antemano está perdida, derrumbada, herrumbrosa, arrumbada, abandonada. Jugar, jugar, jugar. Reconozco que di tantas vueltas con tu amor que te perdí. Como cada vez que vuelvo, a esta ficción, pronuncio: me ponen hasta la madre hijos. Me reconozco perdido. Sueño, soñé que otro hombre soñaba golpearme un ojo, lo hacía, desperté con el ojo morado. Sin razones de mi vida estrepitosa que procura no estorbar, ni provocar a las flores perfumadas que despiden aromas amores, mientras un tren pasa, siempre pasa un tren. Los caballos arrancan pequeños brotes de maleza junto al camino. Me recuesto a ver las nubes. ¿Cuánto tiempo más resistiré sin estallar en llanto? Llorar no es bueno, menos si uno no está conmocionado por la belleza de la vida y la muerte, como un eco que rebota recabando en la cueva, al interior de la gruta. Agujero hacia el centro del corazón es la voz. Casi nadie se cuenta que estamos rodeados, plagados de presencias, tangibles. ¿Será que en una frase se puede pulverizar el infinito? La eternidad en un solo golpe inmediato, cercano a la muerte. Pasar una noche de extremo a extremo, en un tormento alucinatorio de historias que invaden y devastan. Lo físico, lo real. La vida. Seré el último. Prefiero no ser. Elijo no ser. Desde el centro de la nada despliega sus alas la vida. La melancolía del aullido plagiando a la luna. Un cráter en mi boca. Un cráter en la luna. Cuentan historias. Elaboran discursos. Crean conceptos. Vislumbran ideas. Confeccionan fantasías. Hacen desastres. Purgan condenas. Siguen rastros. Leen, se orillan. Persiguen. Juntan. Eternamente se pierden. Siempre en la duración del tiempo sin fin. Nunca se detienen. Nunca se irrumpen. Nunca se fraccionan, se dejan caer. No miran de frente el caos. ¿De qué constan los sueños? ¿Todo? ¿Qué todo? ¿Todo es nada? ¿Nada? ¿Qué es nada? Absurdo inimaginable. La obra de cada ínfimo instante. Que escupe. Que brota. Las estrellas y esta rabia de no pertenecer a nada en la lejanía que se esfuma. Esta rabia de no interesarme por nada. ¿Por qué lugar se vierte la realidad? Estamos hechos de fuego contenido. De palabras que nunca alcanzan. Ni magnitud ni cualidad alguna descriptible. Sin el fiasco de lo sublime, al límite en cada momento. Sin ritual, muertos de antemano. Ordinarios, condenados a nuestro propio ordinario. Sin salvaciones, sin mediaciones, aturdidos, volátiles, veloces, fugaces. Viviendo fugaces. Sin registro, sin huellas. Olvidados. Huecos, totalmente vacíos en la fiebre de los objetos, en cada átomo incontable, hundidos en lo inmensurable, en la oscuridad de los no tiempos. Rasgando, rasgando que no hay nada, que no hay temor, que la muerte nos tiene rodeados, inminente. Una muerte descalza. Una muerte desnuda. Una muerte sin ataduras, loca vehemente, acechante, como la respiración de una bestia que nos devora, insaciable. Embriagante, ¿no? La muerte que nos espera, insospechada. Tirada a su suerte, definitiva.

Arrebolada. Fresca en una noche estrellada, selvática. Cielo para mirar. Noche para hundirse. Pies para ser libre. Esa no es la hora, la hora de la contemplación universal. Abrir las ventanas, sacudir el polvo. Orear. Apagar los relojes. Apagar el incesante incendio de los hombres. Agua, se trata del agua, del curso de los ríos, del curso de las galaxias extrañándose. Prendí un cigarro insignificante, ahora. Lo fumo, ahora. ¿Cuál ahora? En la luz del horizonte que se asoma. Acercarse, ser próximo. El rocío, la lluvia. Una nota. ¿Qué percibimos? ¿Somos capaces de percibir? La nieve, nada pasa, la nieve es candente y está bien. Todos los seres convocados unánimes jamás. Nuestro aliento un viento que sopla senderos. Arenas que borran mis pasos. Corrientes incontrolables de energía que se arremolina. Nadie conoce la muerte. Insondable, próspera. Inacabable. Los días pasan, van a costas de nuestros hombros. Un escalofrío repentino. Se avista la tierra, redonda, amable fiera encarnada. Todos los seres son un llamado. Un insecto es un mundo. Un mundo es inimaginable. Ríos sin desembocadura. Ríos raíces sólidas, nervaduras. La vida insólita. El bullicio de las calles, la turba hambrienta, la calle incansable. Fui recorriendo las innumerables venas de mi corazón. Mi pecho es un tambor que toco a un ritmo que juega. ¿Cuántas idas y venidas? ¿Cuántos soles? ¿Cuántas veredas? ¿Otoños? Hojas. Agarrar es un trance. Tocar es un destello. Palpar una palabra. El grito de los hombres inaudito. Escribiré un libro con la intensidad con la que sale el sol. Viviré errante como pasa un cometa, como se prende una hoguera, y se apaga al amanecer, liberándose en humo. Las historias que recurren a otras historias. Las historias meditan sobre otras historias. Las historias vuelven. Imágenes que se corresponden en la habilidad de una correspondencia palpable. Su habilidad, la recurrencia. ¿Cómo saber que se está atrapado en una historia recurrente, idéntica? ¿Por qué maravillarse del reconocimiento en el valle de los espectros? ¿Por qué enamorarse de la veracidad reconocible de un tiempo dado, renuente? ¿Qué se está reconociendo? ¿Qué es esa proximidad? ¿Se está atrapado en la confiabilidad del seguro que promete una ficción? ¿Se está confiando en que eso no nos atravesará? ¿De que no nos afectará por ser reconocible? ¿Será un bello sedante? ¿Qué hacer con el no saber, con lo indescifrable? El mundo plausible, la novela plausible. El mundo deducible, atroz, fatal por su constante vulnerable ilusión. Por su pulso caótico que se adormece en... se va asimilando en... queriendo, se soluciona. Agua otra vez. ¿Qué quise decir? ¿Cuándo? El tiempo es una invención de la memoria que recrea una verdad a medias, una verdad defendible, más servil que la duda en el futuro impredecible. Lo imprevisto, siempre está lo imprevisto. Mi trago. Las historias dentro de las historias, las brechas insalvables, en las que ni siquiera nos entendemos, jamás nos alcanzaremos. ¡Qué belleza! ¿Es tan

difícil aceptar ser sensato ante lo incomunicable de nuestras experiencias?
¿Por qué ser renuente de la afirmación del coito cumplido? A los cinco minutos de escuchar estupideces ya me quiero ir a mi casa, a hacer cosas de provecho o a rascarme los sobacos. No hay quien no edite. Al parecer la diferencia está en llegar a buen puerto, sin sospechas.

Atrás es adelante. Ayer es mañana. Un análisis de las mutaciones. El espacio es belleza y las almas sueñan que sueñan. Se me acabó el primer olvido. Recordar en el frágil, tenue, cristalino líquido del tiempo que transcurre. Al futuro lo recuerdo leyendo. El pasado es esta mano que hundo en el agua mientras mi barca va con las nubes que pastan plácidas, quietas, casi inmóviles. Se transforman inventado su juego de tremolina. Cada acto es un ave que vendrá a pararse sobre los huesos secos. Somos un milagro efímero que se extingue a cada vuelta de página. Exhalo una muerte firme, de sueños. Inmersa de dimensiones sobre la tierra extraña. Nunca tuve un rumbo fijo, una idea quieta, que no se escapara o se desvaneciera, todo esto fue un sueño vaporoso, un calor corporal de sueños uterinos, luces y sombras, eclipses. Coordenadas azules y rojas, naranjas verdes. Flores mecidas en un prado. Árboles de otoño entre las tinieblas húmedas, entre la hierba viva. ¿Es lícito soñar? No sólo es lícito, es secreto. Quien dice que puede transcribir sus sueños miente. Nada en el mundo es idéntico al sueño, no existe traducción, significativo sin salvación.

II

En el hoyo en el que me introdujeron el féretro era una boca abierta hacia la noche del universo. Eso dijo él. Estos gases que soy, esta carta para la yerba. Esta carta para otro que leerá en algo que no existe más. Mi ataúd es una puerta que rechina. Nunca me di cuenta de lo muerto que estaba. No fue repentino saberlo. Por los días, el tránsito común de lo que programé como mi vida, transcurría sin alteraciones. Fue gradual, una sinfonía consciente inconsciente, inmiscuida de destellos y fulgores. Como cuando se entra en un sueño lúcido, mas no se sabe de pleno que es un sueño. Lo curioso es que soy consciente de que me traduzco, dijo. De que siendo el fui, hablo lo incomunicable para mí. Saber que soy dos o quizá más de los que hablo, hablaré. Se intercalan una y otra vez, todos esos que no soy y soy se dice que no hay nada después de la muerte. ¿Qué hago aquí? En este mar de despojos, a todos se nos quitó la materia, por un ojo que se me está hundiendo puedo ver el mundo desvaído, opaco, al que fui, pertenecía, al que me debía como lo que era. Sí, ahí, al mundo de los muertos del mañana que ni sospechan lo ilusorio de sus pasos, ahí, espectros, movidos por una mecánica, ininteligible, plagada

de sentidos de advertencia, de señales. La voz es sólo un eco que redobla, de eso que puede venir desde lejos y pelea por salir del laberinto de espejos que es la tierra, espejos de agua, señor. No soy más que este pequeño charco donde se refleja la luna. Afuera los muertos del futuro debaten por comparar la vida a algo, la deprecian o la sobrevaloran, a cada instante que dejan de ser, entre el miedo y el olvido, entre el llanto y la calma. Es un rumor como de voces, dice. Para cuando estemos muertos nada de esto estará ahí, ni las presencias, nada que se perciba, habrá desaparecido en la transparencia llameante de los fulgores e iridiscencias. Estas palabras se habrán ido, dice. Me lo dice desde su muerto que habla. De todas formas, de todas maneras, tener cuidado de lo que se toca, la quietud o movimiento grácil de danzar en el espacio. Delicado frágil ínter-relacionado de noches, de geometrías elásticas. Yo, la puta de la voz del escenario. Intérprete, todo el día se me ha metido un hilo e el culo. No me da pena ser de cartón y sentir una verga gorda entre mis piernas ardientes. No me da vergüenza tener un solo ojo, aquí abajo, una sola pierna, mentir a los clientes. La otra el otro son de postizos, no me da pena ser una puta maltratada por la vida, Me da una puta pena por la maltratada vida. Moi c'est moi. Ante los hombres soy un hombre, ante las mujeres soy una mujer. Sentido, entre sentido. Soñar sueños. Doctor doctor que le dan que sueña despierta, duerme despierta soñando que soñaba? Doctor doctor... la luz, la luz... si tuviera el dinero, me tiraría a todo el pueblo, a galope. torearía todo el día soñar el sueño en el que pueda transportar de un carrousel a otro sin el eterno retorno, como un hada que vuelo de oído en oído, de tijera en tijera, por un lado de la noche ambigua, es temprano para esta noche. no hay regreso, date cuerda muñeco de hojalata. en otra dimensión fuera de horror, fuera de error, fuera de certidumbres, fuera, fuera, fuera, fuera. la princesa roja soy. ¿que qué haré? un momento imprevisto. Sin ley mi vida transcurría entre los meandros ríos de orina, de las secreciones, sus olores, su energía, el flujo de mis emociones trepadas por una rama sobre el firmamento estrellado. como una nube que pasa en prosas que se desvanecen al brío del sol, al esporádico capricho del viento, que se deshilvana como tramas desgarradas. al azar solo debo mis días de barca que se bambolea entre el oleaje del amor en el queme deo sucumbir. mi gata muerta hace dos años m visitará en la noche, entre sueños preguntará por mis ausencias, por los restos de sustancias, por mi falta es que se fue o vino a decir que no se fue. porque cada ve que volteo a ver la ventana “le rompió el énfasis a la cuestión”. Esta lectura es una invitación a mi bóveda craneana, al fondo de la madre que es un pensamiento flor de cerezo. fondo del universo. escribiré un libro manada de caballos salvajes a galope, por sobre la hierba américa verde, cuervo que desmenuza otoños en el bosque, tortuga del mar que nada por reencontrar la playa del nacer del morir

al sol, rinoceronte ardiente extinto, camaleón arbóreo ocular. era la breve disputa de dios. era la muñeca del destino. era tu perra, el espejo es el otro, es lo otro, si se quiere como quiera que se quiera. será dios capaz de ir a la profundidad sin luz del universo, de colarse en los rescoldos de la materia que vibra... creí en la culpa de la entraña, en la frase olvidada, todos estos dictados sonados desde la tumba. avería que fuese honrada, quería que fuese honrada. Santa y puta, que mamada, como iba a poder ser? Me aparecen los ticks del último accidente argumento. Las constricciones de un universo extraño, las constricciones del lado izquierdo se reflejan en el derecho, en este miedo atento de la muerte, el lado izquierdo alza más la ceja por ordenes del derecho, es un paso tras otro cruzado. una cuerda trenzada. soy de esa especie que habita el baúl de los juguetes muertos, deshechos. ¿Cómo reíste que seguirías siendo? ¿He dicho que me falta un ojo? El otro guiñe apresuradamente, mira fijo o se entorna hacia atrás. la lengua se arrastra insegura por las ruinas de mi arquitectura sanguínea, un haz de pájaros comieron mi carne de fruta, me destruí en el flanco bello del sol, a la sombra del sauce que reposa mi aliento taciturno. mi cara no soporta la tristeza, mis arrugas no son de fruncir mi pensamiento, son heridas cauterizadas a cigarro, cicatrices secas. no me iré a arrellanar en las melancolías de mi pasado. al goce de la pregunta... ¿cómo quieres mi vida? quería ¿hacer de mi cuerpo jirones, como el cuerpo de dios sacrificado, mutilado? ¿me querían obediente tributable? doble acertijo. ¿efervescente, claudicable, ordenable? tenía una voz gangosa que ya nadie nunca oyó. buscaba una lengua en la cual colocar como un engarce esa que era mi voz. nací en el deseo palpitante de salir. hecha, yo, de una mala madera, amarrada de nudos, mi exoesqueleto, es de yeso barnizado de lágrimas. ¿Qué voy a hacer en una barca en la que no me falte el deseo? ¿en la del saciado estío? ¿hastío? todos los hombres se vuelven locos alucinando que todas somos la misma. esto es impropio, repite el sueño de la libélula que pasa. Perdí la cabeza, al parecer sin duda en lo que me pude convertir, una vez en la vida, mi imposible traductora del deseo. perdí la cabeza, la eché a rodar cuesta abajo. en lo que caía, rodeé hacia arriba la vista hacia abajo, enlodándome, las fosas el hoyo de mi boca, mis ojos enceguecidos, en círculos, elipses variables, contiguas, desorbitados cuando me tallo un ojo, suena a muñeco de ojitos de plástico que rechinan. en todos lados veo la lana que me cubre, una cobija de olas rojas carmesíes, rosa dentro la rosa. rosa es una rosa, gira como gira la galaxia. Cada vez una rapidez estrepitosa me guía, un indicio, me dice que mis pasos no están ni cerca ni lejos. Una trenza de seres textuales que se aparecen como sombras de la calle, nada cobra sentido, como cuando no se podrá amar más nunca, como cuando ya no se quiere convivir. un salto desde un puente, despertar en la misma cama. y sus respuestas aniquilantes, sensatas,

torpes, atropellantes. aprendía de pequeña a respirar bajo el agua, a ser como sirena, a volar como una sirena. los peces voladores son los primeros recuerdos del mar que se desvanecen entre sueños. vuelve la pregunta, condicional odiada... si no me amas ¿tendría que agradecerte por no amarme? ¿tendría que ser gentil, sociable, diligente? ¿que no abandonarme a mis deseos extraños sórdidos, oscuros, de cinetoscopios? ¿tendría que ser amable, solícito, solidario? a la ofrenda de la guerra ¿tendría que respetar tu languidez, tus deploraciones? ¿subirme al pequeño bus del odio engastado de ambulancia o fúnebre carroza de sirenas locas, tendría que fallecer al querer entrar en las puertas del infierno? no, no me pudriré, a mis caprichos, en este su parentesco, verde de placeres, horrendo de goce, que croa, crois, cree cree crees. pende la cabeza, al parecer sin duda en lo que me pude convertir, mi imposible traductora del deseo, perdí la cabeza, la eché a rodar cuesta abajo. en lo que caía, rodeé hacia arriba la vista, hacia abajo, en círculos. elipses, variables, contiguos, desorbitados. cuando me tallo un ojo, suena a muñeca de ojitos de plástico que rechinan. en todos lados veo la lana que me cubre una cobija de olas rojas, rosa dentro de una rosa, ¿qué es una rosa? una rosa es una rosa, como un sueño es un sueño, gira gira gira la galaxia. vino diciendo ya no hago frío madame, se lo juro madame, ya no hago frío. si algo sé de esa poesía. añoro entrar como el viento, ya no hago frío. si algo sé de poesía es por coincidencia. con que cadencia abrió la boca mi tumba hermosa, gélida, terrorífica. mis sinuosas curvas libertinas acentuaron su ritmo profano. sagrada libido. trémula, los pájaros comieron picoteando mis partes blandas, ojos, lengua, cerebro, médula desprendida de sentido, de culpas o causas externas, mis sentidos volaron. es un accidente íntimo de sensaciones que plagan. mi cabeza hueca estuvo coronada en la estantería de la tierra prometida. jamás venida ahora. ahora centellas mi tumba se abrió en cada paletada, en cada palabra externa inundada. el cielo lánguido azul estelar, el rumor de un río entrechocado pasar. absorta la boca abierta al cielo negro azulado, caótico, techumbre de crepitaciones pluviales. la sangre negra adherida a mis cabellos. todavía los hombres vienen a desvanecerse entre mis brazos, entre mis piernas. empecé a escribir poesía muy niña, antes de ser prostituta. en una constelación de mujeres abnegadas, entregadas a dios, cada quien se entrega a su dios. me negué, antes de mi oficio de escondrijo, de vergüenza para mi orfandad, mi nación mi nacer... mi imposible patria... de puerto... aún así, vienen los clientes, sobre todo hombres que sobreviven a sus casas o los han dejado, o hasta los han quemado. vienen se empalman, hacen crecer sus capullos con la ilusión amorosa de mi culo entreverado. mi culo que desde mi tocado serpenteante, mi culo que no tiene la bella culpa que dejan atrás. los hay horrorizados, hechizados por la vehemencia de mi cadencia. de mi

decadencia roja que arde, rosa, azul, negra. Nunca tirito en la calle con su recuerdo me basta para abrazarme en llamas. Nunca tirito en la calle por la noche azul. Serán estos años de eterna juventud, de ver transeúntes, de carros alados, gentío que deambula como almas en pena que quién sabe qué paradero de fantasmas evanescentes que se esfuman. vidas, vidas, la llaman vidas a nuestras sobrevivencias de carencias, a mi oficio de orificios. mi alma es tan pura como hueca es la palabra. mi alma es tan pura como hueca es la palabra puta, pura puta. Estoy tratando de tomar algo invisible. La marina viene vendrá del cuarto de máquinas, los hombres regresan. La isla que se deja, que no se vuelve a ver el puerto de aves. los pesqueros dejan los restos del botín en su costillar. Solo iza un viejo. Nunca sale a cubierta, todo el día, personas en el camarote.

III

Cuando se abrieron eran dos seres dentro de mí, me horroricé del siamés interno de mi disque cordura. Eran dos siameses hablantes, lengua viperina cada cual, o séase cuatro sentidos peleando. Uno le contesta al otro y lo mata o intenta matarlo a cada palabra. tiempo demasiado tiempo después entre el sueño diurno recuerdo eso que parecía paso inadvertido, lo rehuí, una vez, otra vez, una vez otra vez. otra soy, otra seré. me estoy zarandeando como un pez erótico por salir mojado, agonizo en la muerte de este placer diminuto sueño. Uno aprende a disfrutar el mal, dijo, en la letra. Lo incierto del mal. Ese constante inconstante oleaje marea del mal, luna llena. Ah oleaje de marea.

-FALTO-